

Constitución y desarrollo de la Carrera de Sociología en la UNLP. Entrevista a Alfredo Pucciarelli

Por María Cristina Tortti y Mauricio Chama¹



UNA BIOGRAFÍA

Alfredo R. Pucciarelli es un reconocido profesor e investigador de las Universidades de La Plata y de Buenos Aires, y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), en temas de carácter sociohistórico y sociopolíticos referidos a las transformaciones recientes de la sociedad argentina, en particular a su régimen político. Su trayectoria está íntimamente ligada a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP –en la que se graduó– y, en particular, a los orígenes de la Carrera de Sociología, de la cual fue inspirador y primer director.

La entrevista que recientemente nos concediera permite reconstruir su rico itinerario intelectual y académico, entrelazado de muchas maneras con la historia de la Sociología –en tanto disciplina y en tanto carrera en la UNLP. El año 1962 puede ser considerado como un punto inicial de ese itinerario ya que entonces, siendo estudiante avanzado de Filosofía, se incorporó como auxiliar docente a la joven cátedra de Sociología General, a cargo del Profesor Juan Carlos Marín.



¹ Profesores e investigadores de la Carrera de Sociología de la UNLP.

Desde entonces, junto con otros jóvenes graduados, fue protagonista de la experiencia de veloz crecimiento y de renovación teórica que la cátedra experimentó, en sintonía con los debates que agitaban al campo sociológico de la época, y cuyo epicentro nacional se ubicaba en la recientemente creada Carrera de Sociología de la UBA. De manera que, en el núcleo docente de Sociología General, fueron delineándose –y conviviendo– posiciones que podrían ser identificadas como “germanianas”, “desarrollistas” o “cepalianas”, junto con otras enmarcadas en la perspectiva del marxismo o en corrientes del “pensamiento nacional”. Influenciadas todas –aunque en grados diversos– por las “teorías de la dependencia” a medida que avanzaban los años sesenta, en su evolución pueden observarse las marcas de la generalizada politización que envolvía la vida nacional, en particular a los sectores medio y universitarios.

En esa cátedra, hacia 1968, Alfredo Pucciarelli accedió al cargo de profesor adjunto para, poco después, quedar a cargo de la misma al producirse la licencia de Horacio Pereyra, su profesor titular. Casi simultáneamente, nuestro entrevistado inició los cursos correspondientes al Doctorado en Filosofía, que en la “orientación” en Ciencias Sociales, era dirigido por el profesor Miguel Murmis.

Estas tareas se vieron bruscamente interrumpidas en septiembre de 1974, cuando el gobierno de María Estela Martínez de Perón decretó la intervención de las universidades. Entonces, Pucciarelli y otros docentes de la cátedra –y de otras cátedras de la facultad y de la universidad– fueron declarados cesantes. De esta manera, y en medio de un clima de creciente represión, la cátedra de Sociología General dejó de funcionar, y muchos de sus miembros –entre ellos Pucciarelli– partieron al exilio.

A su regreso de México, en 1984, el entonces decano normalizador profesor José Panettieri dispuso su reincorporación en el cargo docente y le propuso, además, trabajar en la creación de la Licenciatura en Sociología y desempeñarse como “coordinador” de la nueva carrera. A partir de allí, se abocó a la elaboración del primer Plan de Estudios y, una vez que éste fuera aprobado, a la constitución del primer cuerpo docente –del cual él mismo formó parte desempeñándose como profesor titular de Sociología Política hasta 1989. Durante ese año, y habiéndose radicado en la Capital Federal, trasladó sus actividades a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y dejó de ejercer su función de coordinador de la Licenciatura en Sociología. Aún así, múltiples lazos lo mantuvieron vinculado con la Carrera de Sociología y con la Facultad de

Humanidades, en la que siguió dirigiendo proyectos de investigación y tesis de doctorado, dictando cursos de posgrado y actuando como miembro del Comité Académico del Centro de Investigaciones Socio Históricas, entre otras tareas que hoy sigue realizando. Esta dilatada y fructífera labor académica, y el indudable liderazgo intelectual que ejerce, fueron reconocidos por el Consejo Académico de la Facultad de Humanidades que, en 1996, le otorgó unánimemente el título de profesor extraordinario.

UNA HISTORIA

La instalación de la Sociología “moderna” en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata puede situarse en el año 1957, cuando Gino Germani obtuvo el cargo de profesor titular ordinario en la cátedra “Sociología” (que luego pasaría a denominarse “Sociología General”), dependiente del Departamento de Filosofía. Por entonces, Germani desempeñaba un papel central en la creación de la primera Carrera de Sociología del país, en la Universidad de Buenos Aires.

Hacia 1960, Germani fue reemplazado en la mencionada cátedra por el profesor Norberto Rodríguez Bustamante quien, a la vez, se desempeñaba como titular de “Sociología Argentina” y director del Instituto de Historia de la Filosofía y del Pensamiento Argentino, verificándose una primera e importante expansión de la “Sociología Científica” que, de esta manera, desplazaba a las viejas cátedras ligadas a una tradición de corte más filosófico o “ensayístico”. En 1962, “Sociología General” tuvo como nuevo titular al joven sociólogo Juan Carlos Marín quien, a su vez, decidió incorporar como ayudante a Alfredo Pucciarelli, por entonces estudiante avanzado de Filosofía.

En 1963 comenzó un período de expansión y consolidación de “Sociología General”. Junto con el ingreso como titular del profesor Horacio Pereyra –proveniente de la Carrera de Historia, y además adjunto en “Sociología Argentina”–, se produjo un notable crecimiento tanto del número de sus alumnos como de su planta docente. Pero, sobre todo, adquirió un importante papel como centro de atracción y formación en sociología entre jóvenes graduados de diferentes carreras de la Facultad y de la Universidad. Así, comenzaron a revistar como docentes, entre otros, José Sazbón, Oscar Colman y Julio Godio –además de Pucciarelli.

Hacia fines de los años sesenta, a la vez que participaban de la intensa politización de la vida universitaria, varios miembros de este grupo ingresaron al recientemente creado Doctorado en Filosofía, cuya “orientación” en Ciencias Sociales y Sociología estaba a cargo del profesor Miguel Murmis. También por esos años, J. Sazbón y A. Pucciarelli se convirtieron en profesores adjuntos, quedando este último a cargo del dictado de la materia cuando Pereyra se retiró de la cátedra. Esta situación se prolongó hasta que se produjo la intervención a la Universidad, y la cátedra de “Sociología General”, como otras, fue objeto de cesantías y persecuciones.

Pasados los años de la dictadura militar y como parte de la normalización democrática, el Decano de la Facultad de Humanidades, Dr. José Panettieri, además de disponer la reincorporación de varios de los integrantes de la vieja cátedra, decidió la creación de la Licenciatura en Sociología, punto inicial de la actual carrera. En esa primera etapa, Sociología fue pensada como opción de licenciatura para estudiantes avanzados de Historia y Filosofía, y consecuentemente, en estrecha relación con esos departamentos; su dirección era ejercida por un “coordinador”, cargo para el que fue designado Pucciarelli –luego sucedido por H. Pereyra y Nora Rabotnicof.

Durante ese período, Sociología se desarrolló de acuerdo con el Plan de Estudios aprobado en 1985, incorporando como alumnos a estudiantes avanzados y graduados que optaban por licenciarse en Sociología. Así funcionó hasta 1990 en que, a la par que se producían las primeras graduaciones, dificultades de distinto tipo determinaron una virtual paralización de sus actividades.

Esta *impasse* comenzó a ser superada cuando la Facultad decidió dar un nuevo impulso a la carrera y, para ello, creó el “Área de Sociología”, designó a un nuevo coordinador –María C. Torti– y aprobó un nuevo Plan de Estudios. Al comenzar 1993, siendo decano el profesor José L. de Diego, y ya como carrera autónoma, Sociología volvió a abrir la inscripción a sus cursos. Luego de varios años ininterrumpidos de funcionamiento, y contando con un número creciente de alumnos, el “Área de Sociología” se convirtió en el decimoprimer departamento de la Facultad de Humanidades, por decisión de su Consejo Académico, en 1996. Los directores del nuevo departamento han sido, hasta el presente, M. C. Torti, Carlos A. Prego y Antonio Camou.

Actualmente la Carrera de Sociología cuenta con un alto número de alumnos y un importante cuerpo docente, y ya ha producido más de cincuenta gra-

duados que se suman a los que obtuvieron su licenciatura con el Plan de Estudios de 1985.

—En estos días se están cumpliendo diez años de la reapertura, en 1993, de la Carrera de Sociología de la UNLP y, como vos fuiste una figura central en su creación allá por 1985, nos gustaría evocar esa historia. Por eso, nuestro primer interrogante apunta a recrear las condiciones que hicieron posible la instalación de la disciplina en la Facultad.

A.P.: Después del 55, en el ámbito académico, comienza a desarrollarse una doble cuestión, que muchas veces discutimos, alrededor de los temas de la “nueva izquierda”: modernización y radicalización; modernización de la disciplina y radicalización ideológica. En La Plata se recibe muy rápidamente el primer tramo de ese enfrentamiento entre la Sociología Tradicional, ensayística, que no requiere apoyatura empírica, del tipo Scalabrini Ortiz o Jauretche o Martínez Estrada y la supuesta Sociología Científica iniciada por el grupo que rodeaba a Gino Germani en el Instituto de Investigaciones y en la Carrera de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Gino Germani dirigía, en la misma época, una cátedra denominada, creo, Sociología General en nuestra facultad e introdujo esa nueva concepción epistemológica junto a Norberto Rodríguez Bustamante que era profesor de Teoría Sociológica en la UBA y dirigía entre nosotros el Instituto de Historia de las Ideas Argentinas en el Departamento de Filosofía y una materia con la misma denominación que él fue convirtiendo, en la práctica, en una especie de Sociología Argentina.

—¿Te referís al Instituto de Filosofía y del Pensamiento Argentino, del Departamento de Filosofía?

A.P.: Es el mismo, debe haber cambiado de nombre varias veces. Primero estuvo Rodríguez Bustamante y luego lo reemplazó Horacio Pereyra. Pero el panorama de la modernización, de introducción de perspectivas nuevas e innovadoras a las formas tradicionales de las Humanidades se completaba con Rolando García, primero, quien comienza a introducir los problemas de la Lógica Formal y la moderna Epistemología en el ámbito de la enseñanza clásica de la Filosofía que predominaba en nuestro instituto. Nosotros aprendimos muchísimo con los muy respetables profesores del campo tradicional de Historia de la Filosofía y áreas conexas, como Eugenio Pucciarelli, Francisco Romero, Estiú y otros, pero nos deslumbrábamos con las nuevas disciplinas y con los nuevos

enfoques de las tradicionales, como ocurría por ejemplo con el “neohegelianismo” y Rodolfo Agoglia.

—¿O sea que todo esto ocurría, básicamente, en el Departamento de Filosofía?

A.P.: Lo que pasa es que las Ciencias Sociales nacen en Filosofía. El ámbito natural es la gente de Filosofía; en ese lugar se comienza a formar el núcleo original de graduados recientes preocupados por los estudios sociológicos que luego incidió sobre otras generaciones y se expandió hacia otras disciplinas. La mayor parte de los profesores y graduados de Historia respetaban todavía la concepción tradicional, fuertemente corporativa, de la historia exclusiva, y parecía mantenerse indiferente respecto a las nuevas perspectivas que comenzaban a aportar otras Ciencias Sociales y el trabajo interdisciplinario. Por lo que yo recuerdo, hubieron sólo dos importantes excepciones: la introducción de la Historia Económica y la apertura hacia la Historia Social y la Sociología que llevan adelante José Panettieri y Horacio Pereyra; en Filosofía se produjo, en cambio, una apertura explosiva hacia nuevos horizontes y nuevas concepciones que se tradujo en un pequeño terremoto político y el desplazamiento de la conducción tradicional del departamento.

—¿Eso coincide con la designación de Agoglia como jefe de Departamento?

A.P.: Exactamente, Agoglia fue el mejor aliado del grupo de jóvenes graduados que ya había adoptado alguna de las variantes innovadoras. Como compartía e impulsaba muchas de nuestras iniciativas impulsamos su nombramiento, apoyamos su gestión y logramos introducir importantes cambios en el plan de estudios, en el contenido de las materias y en los estudios de postgrado. En ese período nos instalamos durante un tiempo en una especie de territorio académico difuso, controvertido y contradictorio, que con el paso del tiempo se fue definiendo como el nuevo ámbito de las Ciencias Sociales. Esa expresión, Ciencias Sociales, era utilizada tradicionalmente por la gente de la Facultad de Derecho, y para nosotros eso era como ellos lo definían: el estudio de las instituciones, de la formación de los políticos, de los problemas del Estado, pero no de los problemas de la sociedad y de la conducta de los grupos sociales. Esa idea de que la sociedad era un objeto mucho más complejo que debía ser analizado con cierto tipo de metodología científica, que no excluía la confrontación

de distintas escuelas y el aporte de distintas disciplinas, recién se introduce en nuestra facultad, en esta etapa. En la difusión de esa nueva perspectiva jugó un rol fundamental la cátedra de Sociología, su titular, Horacio Pereyra y nuestro nuevo elenco de profesores de trabajos prácticos. Junto con nosotros se expande en el instituto el Área de Lógica y Epistemología, integrada según mi recuerdo, principalmente por Gladys Palau y Antonio Castorina que desarrolla estudios de Lógica Formal e introduce la revulsiva cuestión de la “vigilancia epistemológica” –una importación muchas veces acrítica de criterios propios de las Ciencias Naturales, enfrentada muy fuertemente con las concepciones tradicionales. También el Área de Antropología Filosófica, que incluyó estudios importantes de Antropología Cultural, en la que se formó Néstor García Canclini, y la cátedra de Antropología Social enriquecida con el aporte de los antropólogos jóvenes que no pudieron imponer la carrera de Antropología Social en la Facultad de Ciencias Naturales. El área de estudios de doctorado que nosotros diseñamos, y que Agoglia, venciendo grandes resistencias hizo aprobar por el Consejo Académico de la Facultad, tenía tres disciplinas: Ciencias Sociales, cuya cabeza era Miguel Murmis y toda la gente que él trajo; Epistemología y Lógica, con Klimosvky a la cabeza, y su gente; y, finalmente, Antropología, inspirada por Agoglia, que creo era profesor de la materia y proponía esa idea de articular Antropología con Filosofía.

—¿Estos doctorados se crearon en ese post 55?

A.P.: Claro, estos doctorados podríamos decir que son la segunda etapa de este proceso de modernización.

—¿A principios de los años sesenta o después?

A.P.: Dejame sacar la cuenta. Yo me fui en el 74, presenté la tesis en el 73 e hice seminarios durante tres años... ya en el 69, 70...

—¿Por entonces se crean estos doctorados?

A.P.: Previamente a eso se produjo la gran transformación del Departamento de Filosofía. Hay un momento, un corte, en toda esta historia, que comienza con la Revolución Argentina. El decano interventor que nos envía la dictadura, asume prácticamente sin apoyo y sin proyecto. Por falta de poder y consenso inicia una gestión ambigua y tímida que no se propone expulsar ni siquiera a los profesores notoriamente marxistas o contestatarios. Generó una

situación ambigua porque no nos echaron abiertamente a todos, pero trataron de ocupar nuestros espacios: intentaron copar la cátedra de Sociología y para eso lo trajeron a Julio Aurelio, junto con Rial, en 1966.

—¿Vos, en qué año entraste a la cátedra de Sociología General?

A.P.: Bueno, yo me recibí en el 63 y ese mismo año ingresé, como auxiliar de trabajos prácticos, a la cátedra que en ese momento estaba a cargo de Juan Carlos Marín. Marín era un discípulo destacado de Germani y de Rodríguez Bustamante en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, pero a la vez, un miembro destacado del Partido Socialista de Vanguardia que mantenía un estrecho contacto con un grupo de graduados de la Facultad que había creado un Comité Local en la ciudad. Allí militaban, entre otros, Alejandro Ferreiroa, Sofía, Cecilia y Juan Villareal. Alejandro ya me conocía, éramos compañeros, habíamos trabajado juntos en el Centro de Estudiantes y en la FULP, a pesar de que militábamos en agrupaciones políticas diferentes; Alejandro y Sofía formaron parte, además del grupo que creó y después cursó el ciclo de doctorado en el Área de Ciencias Sociales. La cuestión es que cuando Marín, que había adoptado una posición definitivamente marxista, pidió sugerencias para designar un ayudante joven que coincidiera con su enfoque, los amigos comunes del Partido Socialista propusieron mi nombre.

—¿Entonces por un tiempo fuiste su único ayudante?

A.P.: Era el único ayudante, pero nunca llegué a hacerme cargo seriamente de mi curso. A poco de iniciar sus clases teóricas, y ante una pregunta de un alumno del curso, se generó por primera vez en la Facultad un gran conflicto. El “Lito” llegó, dio su primera clase y en la segunda, ante una pregunta dijo algo parecido a lo siguiente: “bueno, quiero aclarar que yo soy un militante socialista de ideología marxista. Y que el trabajo en la cátedra va a estar guiado por ese enfoque teórico”. La adopción de un criterio académico, que a nivel de profesor titular era desconocida hasta ese momento en la Facultad, dio lugar al primer acto explícito de discriminación ideológica con la gente de izquierda que yo tenga conocimiento. El doctor Barba, que era el decano, dejó sin efecto su designación como profesor interino dos meses después de haberlo convocado y nombró en su lugar a Horacio Pereyra, que provenía de Historia y a la vez era adjunto de Sergio Bagú en la UBA, y ya había publicado varias investigaciones históricas, elaboradas con criterio interdisciplinario

—*¿Así que fue fugaz el paso de Marín por la Facultad?*

A.P.: Lo que más importa del breve paso de Marín por la Cátedra y la Facultad es su actitud herética, disruptiva y en cierto modo premonitoria. Porque junto con la difusión de la “Sociología Científica” de cuño germaniano lo que se estaba imponiendo en ese momento era el tema de la “objetividad de cátedra”, que estaba resultando una especie de refugio académico frente al crecimiento incesante de las ideologías de confrontación. Marín es el primero que plantea con una nueva perspectiva el problema de la relación entre ideología y “pensamiento científico”, pero sin poder desarrollarlo adecuadamente por falta de tiempo.

—*¿Lo de él fue un hecho aislado o había otra gente en la Facultad que compartía su posición?*

A.P.: No, porque en cierto modo su planteo era prematuro, respondía al clima de confrontación ya generado en Sociología de la UBA, pero no al grado de desarrollo de la cuestión entre nosotros que estábamos todavía en pañales.

—*Entonces, ¿el gesto de Marín fue algo puramente personal o era algo que podía suscitar simpatía entre otros profesores?*

A.P.: No, no, no, absolutamente personal. En primer lugar, en la Facultad los primeros profesores que radicalizamos la cosa fuimos nosotros, pero éramos estudiantes o graduados recientes en aquella época. Nosotros, después, en lo que vendría a ser la segunda etapa, generamos otro clima e introdujimos nuevos temas de confrontación, pero en ese momento todo planteo disruptivo venía siempre de Buenos Aires; como siempre, ellos estaban como diez años adelantados en esos temas respecto a todos los medios académicos del país.

—*Entonces, ¿queda Pereyra al frente de la cátedra y vos como ayudante?*

A.P.: Yo... como un ayudante heredado. Él me hereda a mí como ayudante y yo ahí lo conozco. Entonces, no recuerdo bien cómo es la historia menuda del asunto, pero sí que él empieza primero conmigo... es que estábamos en la cosa ésta de la Sociología Pereyra tenía una idea por la que peleó siempre: objetividad y pluralismo. Él venía de un peronismo tradicional y de la CGU (Confederación General Universitaria), pero después del 55 había hecho todo un proceso que lo había colocado en una posición que podríamos describir como desarrollista, nacionalista, populista, modernizadora y simpatizante del estructuralismo

cepaliano, que era algo nuevo y que venía ganado terreno. Entonces, en esa etapa, él siempre intenta abrir, oxigenar, aunque a veces por su propia formación no tuviera muchos instrumentos...

—*Pereyra, ¿dónde obtuvo su formación en Sociología?*

A.P.: Fue un autodidacta absoluto. Pero hay toda una historia paralela del “gordo” Pereyra que es muy importante: es su relación con Sergio Bagú. Él fue adjunto de Sergio Bagú, en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, y ahí empieza. Porque Bagú era un tipo intelectualmente muy progresista, un socialista de antes, ¿no?, de cabeza muy abierta. Esos tipos que tienen “sentido común” de izquierda más allá de la ideología específica, y que siempre se colocan a la izquierda.

—*¿Al 66 se llega más o menos con esta situación, Pereyra de Titular y vos de ayudante..?*

A.P.: Yo creo que, para entonces, yo ya era adjunto, no recuerdo bien. Yo hice una carrera muy rápida, por este problema de que había un gran espacio vacío que no cubría nadie. Seguro que, al menos, era jefe de trabajos prácticos; teníamos un equipo “pesado”, estaban Oscar Colman, José Szabón, Alejandro Ferreiroa, Julio Godio, Sofía Villarreal, Sergio Labourdet.

—*¿Todos de Filosofía?*

A.P.: No, no, no, todos no. Pero el núcleo original sí era de Filosofía, el núcleo nuestro era de la Facultad, de graduados jóvenes que habíamos optado por las Ciencias Sociales. Ya en un momento nosotros intentamos crear la Carrera de Sociología.

—*Ésa era una de las preguntas iniciales: ¿alguna vez existió el proyecto o la idea de crear la carrera...?*

A.P.: Nosotros intentamos iniciar tratativas y nos frenaron de entrada, porque hubo un acuerdo, yo no sé si fue de Barba con el rector, o cómo fue.

—*¿En qué año ubicás ese hecho?*

A.P.: Para ubicarse en esa discusión hay que ver en qué año se creó la carrera de Psicología.

—¿Psicología en La Plata?, creo que en el 59.

A.P.: La discusión fue ésta: Psicología estaba muy cuestionada por el resto de las facultades, porque no la consideraban una disciplina científica, y el tema de que los psicólogos no podían atender pacientes, etc. Los psicólogos tenían que funcionar como ayudantes de los médicos. Esto fue todo una pelea, una discusión. No me acuerdo la forma específica, desgraciadamente se murió Oscar que se acordaba de todas estas cosas al detalle; el tema fue que se hizo un acuerdo por medio del cual se empujaría la creación de Psicología en la Facultad, pero se convenía a cambio que en la misma Facultad se debían desestimar todos los intentos de crear una carrera de Sociología similar a la de la UBA.

—Eso que decís, ¿fue una posición del Rectorado?

A.P.: Eso fue un arreglo entre el Rectorado y el Decanato. Porque mientras estuvo Barba, él y su grupo tenían mucha influencia. Desde el momento que Barba logra armar un frente platense que vota mayoritariamente a Vucetich y derrota a José Luis Romero, como candidato a rector, Barba adquiere una influencia enorme en toda la Facultad. Además tenía un talento político enorme. El “gordo” negociaba, llevaba, sacaba y ponía con una gran amplitud de criterio. Para nosotros, los jóvenes, resultaba un tipo fascinante. Yo estuve toda mi vida enfrentado con Barba, pero nunca pude resistir la fascinación, era un tipo que tenía carisma.

—Viene el golpe del 66, y vos decís que se produce una situación ambigua...

A.P.: Claro, en La Plata la situación es ambigua por varias razones. Primero, porque aparece dentro del peronismo, y del peronismo académico, una corriente que quiere colaborar con Onganía desde una posición de izquierda, en la cual se engancha parte del movimiento estudiantil...

—¿Te referís a la FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional)?

A.P.: Ése es el origen de la FURN. La FURN comienza a formarse en ese momento con el aporte de un grupo de estudiantes “reformistas” desencantados.

—*¿Cuál era el proyecto de colaborar, desde una posición de izquierda, con Onganía? ¿Cuál era la expectativa con Onganía?*

A.P.: Esto era producto de la transformación de los “reformistas” en peronistas. Y el peronismo era antireformista. Entonces, ellos tomaban discursos nacionalistas antireformistas y trataban de darle esa forma populista. El intelectual que fogueaba eso en La Plata era Joaquín Pérez que fue uno de los decanos interventores de ese período.

—*Decís que la FURN se constituye con gente que viene del “reformismo”: ¿Por qué crees que dan ese salto?*

A.P.: Porque ya empieza el proceso de “peronización”. Y va todo junto, porque toda esa gente está vinculada a su vez con el tema de las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), Taco Ralo y esas historias. Esto tiene que ver con la “peronización cubanizada”. Y entonces, en la facultad, la FURN se plantea una posición antireformista y de apoyo crítico a Onganía, que es la que propone Joaquín Pérez. Y creo que por eso a Joaquín Pérez lo nombran decano-interventor. Ensayaron una línea política que no tuvo ninguna posibilidad, que duró muy poco...

—*Te referís a la expectativa de la alianza con Onganía?*

A.P.: Claro, y al poco tiempo creo que Joaquín Pérez renuncia.

—*¿Pereyra cuajaba con esta posición?*

A.P.: Cuando se trataba de posiciones lindantes con el nacionalismo desarrollista y el peronismo, Pereyra nunca adoptaba una posición definida. Él siempre mantuvo una línea peronista y desarrollista. Los dos elementos de él eran el populismo peronista y el desarrollismo, lo que ahora se llamaría “industrialista mercadointernista”. Él siempre se ubicaba dentro de un espacio de ese tipo, aunque nunca tenía protagonismo. La única vez que lo tuvo fue cuando aceptó ir como decano en Ciencias Económicas. Creyó, como muchos, en la viabilidad de una estrategia en la que no tenía que haber creído...

—*Antes hablabas de que ustedes habían tenido un proyecto de creación de carrera que fue bloqueado ¿ en qué época ubicás ese proyecto?*

A.P.: Por la época en que nosotros estábamos terminando la carrera y éramos militantes estudiantiles, casi graduados, años 1961 a 1963.

—*¿En los comienzos de tu ingreso a la cátedra?*

A.P.: Un poco antes.

—*Pensé que había sido posterior lo de proyectar una carrera...*

A.P.: No, no, no fue posterior para nada. Después, como no se pudo crear la carrera, pusimos todo el esfuerzo en la creación del doctorado. Pero hay otro fenómeno que comenzó a incidir en paralelo, el problema de la Carrera de Antropología en el Museo. Con este proceso de modernización de las Ciencias Sociales aparece el tema de la Antropología Social, que nunca tiene cabida en el Museo, dominada siempre por los antropólogos tradicionales. Pero ahí empieza a nacer un grupo importante de gente, que empieza a tener otra idea y dentro del cual están, entre otros, Alejandro Isla, María Módena, Ringuelet, West Ocampo, Santiago Walas. Los nuclea Mario Margulis, que había sido primero profesor en Ciencias Naturales y se desplaza después a Humanidades, a raíz de un complejo conflicto que se genera en su grupo por cuestiones concernientes a la aceptación de un subsidio de la Fundación Ford. Comienza a crecer un grupo de gente interesado en la Antropología Social que se gradúa, que empieza a buscar espacios profesionales y como no los puede generar en su facultad, se va acercando al grupo de Margulis o al nuestro, o a ambos a la vez. En ese momento comenzamos a transformarnos en una especie de mini carrera informal que da la posibilidad de formación en Ciencias Sociales a mucha gente. Esto tiene que ver, también, con el proceso de transformación de la facultad en una facultad de masas. Eso es lo que genera el primer punto de ruptura con Pereyra, porque él necesitaba de un gran equipo —como necesitan hoy ustedes y necesito yo en la UBA—, gente que maneje bien el dictado de los trabajos prácticos, que forme ayudantes, etc. Pero el tema es que nosotros a medida que íbamos creciendo, íbamos creciendo también intelectualmente y nos íbamos radicalizando. Nosotros veníamos de una posición políticamente “radical” y empezamos a generar una radicalización en términos académicos. Empezamos a hacer propuestas académicas radicalizadas, que combinaban marxismo con teoría de la liberación y esa impronta tercermundista que se venía desarrollando. Y empezamos a darle un perfil muy fuerte al enfrentamiento con el funcionalismo y con esa idea de la “Sociología Científica” que era, desde el punto de vista académico, la nutriente de Horacio Pereyra. Él pensaba siempre desde esa matriz germaniana. Entonces él, como Bustamente, tenía posiciones políticas de izquierda pero sus posiciones académicas estaban muy asociadas al funcionalismo. Porque ellos se ha-

bían formado en el proceso de explosión funcionalista. Cuando nosotros nos empezamos a enfrentar, él comienza a recibir cuestionamientos de distinto tipo, no solamente desde la izquierda, sino también desde el peronismo radicalizado.

—¿Ustedes, en ese momento, tenían contacto con lo que estaba pasando en la UBA?

A.P.: Muy poco; nosotros teníamos contactos políticos con el grupo de Portantiero, fuimos el primer grupo que se fue del Partido Comunista antes de que se formara el PCR (Partido Comunista Revolucionario). Sí, íbamos y veníamos, nos encontrábamos, pero era por la militancia política más que por el trabajo académico. Y en esa época para nosotros era muy oneroso viajar a Buenos Aires, muy difícil. Entonces todo ese proceso que se dio en Buenos Aires, nosotros no lo vivimos, aunque seguramente fuimos muy influenciado por las publicaciones...

—Ese enfrentamiento o esa matriz consistente en contraponer funcionalismo y marxismo que marcó durante muchos años la discusión en Sociología, ¿por qué cobró semejante envergadura, y cuáles fueron los temas teóricos —o los problemas— en los que se concentraba la discusión?

A.P.: A ver si te lo puedo decir solamente en dos palabras. El funcionalismo parsoniano es una teoría que impide pensar el cambio. Construye su sistema de categorías de tal manera que lo que cambia es una anomalía, o lo que no es funcional es disfuncional. Entonces, siempre está la teoría del ajuste y el razonamiento es alrededor de qué es lo que lo que ajusta, qué es la desviación y qué es lo que neutraliza la desviación, el famoso asunto de la anomia y todo lo demás. Por eso, Merton aparecía como el gran innovador, porque introducía el concepto de disfunción. Pero el funcionalismo era una ideología de la conservación que, en términos políticos, es la ideología del conservadurismo moderno. Vos tenías el conservadurismo moderno y el conservadurismo tradicional. El conservadurismo moderno pensaba, en términos funcionales, que todo lo que proponía cambio era exterior, algo que se introdujo posteriormente en la ideología militar. En esa metáfora, la sociedad sana es penetrada desde afuera por un elemento nocivo que produce una serie de disfunciones internas, y entonces, hay que reestructurar todo el organismo. Bueno, ésa era la esencia del pensamiento funcionalista y nosotros íbamos exactamente en dirección contraria. El marxismo era el pensamiento crítico, que todavía hoy se mantiene, pero para no

decir marxismo la gente dice hoy “pensamiento crítico”. La otra cosa es que el funcionalismo nunca se plantea, ni en términos teóricos ni metodológicos, la posibilidad de que la realidad contenga una dimensión que vaya más allá de lo observable. No hay redes de relaciones que se encubren con otro sistema de relaciones. En todo caso la teoría cumple el papel de construir categorías para organizar mejor la intelección de las redes y relaciones existentes. En cambio, en el marxismo el papel de la teoría es exactamente lo contrario. El trabajo teórico y el pensamiento científico es válido sólo si se entiende como un esfuerzo sistemático por develar lo que ocultan aquellos observables y que resultan la base de la explicación de naturaleza en última instancia. Esa teoría era la única que para nosotros permitía descifrar la naturaleza oculta de las relaciones de dominación que, por otro lado, no existen dentro de la conceptualización funcionalista. La diferenciación social que surge de las relaciones de dominación no la podés entender si no recurrís a una teoría más profunda, que es la teoría de las clases sociales; todo esto conecta con la idea de la revolución posible y necesaria y con la seguridad de que la toma de poder está al alcance de la mano. Un poco la idea era ésa.

*—Dentro de este debate teórico y político, ¿cómo veían el tema de la “profesionalización”?, ¿cuál era el perfil del profesional o del intelectual al que aspiraban? **

A.P.: Acá aparece otro tema complejo porque junto a la confrontación se desarrolla un inédito proceso de profesionalización y/o burocratización de la investigación y del trabajo en Ciencias Sociales. ¿Y por qué? Porque aparece el tema del CONICET. Por ejemplo José Sazbón, que era de nuestro grupo de Sociología General, fue becario e investigador del CONICET hasta el golpe militar del 76.

—¿Podría hablarse de profesionalización académica para el que hacía Sociología?

A.P.: El que hacía Sociología tenía mucha posibilidad de trabajar en esa época, porque había demanda creciente por el proceso de masificación de la Universidad.

—Entonces, ¿se trataba sobre todo de trabajo académico?

A.P.: Sí, sí, sí...trabajo académico. Tenías investigación, institutos y docencia. Después aparece otra alternativa en el aparato del Estado. Podés tener en cuenta mi propio caso, mientras era estudiante me costé la carrera trabajando como técnico en el Ministerio de Obras Públicas. En el mismo momento en que me recibía de Profesor de Filosofía, se hizo un proceso de recategorización en el Ministerio y entonces me preguntaron cuál era mi especialidad. Yo aproveché la oportunidad y traté de demostrar que era sociólogo y, aunque resultaba una disciplina prácticamente desconocida, me mandaron a desempeñar funciones profesionales en un nuevo gabinete de planificación estratégica, similar a los que la tecnocracia de la Revolución Argentina trataba de implantar en todo el país....

—Es justamente la realización del imaginario profesional que arranca con Germani...

A.P.: Bueno, en realidad acá hay otra cuestión que va junto con lo anterior, y es el de cómo entiende el gobierno de Onganía el tema de la modernización. Esa gran transformación que intenta hacer Onganía, que tiene muchas facetas. Una de las facetas importantes era la de considerar que había una nueva disciplina científica, que era neutra desde el punto de vista ideológico, y que era instrumento idóneo para diseñar políticas estatales, prescindiendo de la política propiamente dicha. Entonces, la política que ellos habían proscrito es reemplazada por la planificación y, ¿quiénes son los que planifican? Los economistas, los sociólogos, gente que tiene que ver con las Ciencias Sociales, y ahí está la razón de por qué trabajé tantos años allí.

—Pero, ¿cómo hacías para combinar esa cosa del perfil profesional, trabajando en el Ministerio, con tu posición política radicalizada?

A.P.: Ah bueno...las relaciones eran muy extrañas; ahí hay varias formas de plantear la cosa. Yo dejé de tener miedo cuando llegué a Maracaibo después de veinte años; nosotros, la conciencia de estar perseguidos y el terror por la tortura, lo tuvimos hasta que nos fuimos.

—¿Desde una época tan temprana?

A.P.: Sí, sí... la represión, la paliza, la tortura, la pérdida de "laburo", la inseguridad. Nosotros nos considerábamos una especie de héroes civiles que

éramos capaces de hacer una vida común enfrentando todos los días estos riesgos. Bueno, eso se fue poniendo cada vez peor, peor, peor. Pero siempre la persecución, los expedientes famosos que llevaba la SIDE, por cualquier cosa. Por un lado teníamos esta cosa pero, por otro lado, el proceso de movilidad social era tan intenso que íbamos subiendo, pero sin querer subíamos, era una cosa notable. Porque de última, yo viajaba a Mar del Plata, iba acá, acá y acá y juntaba un buen sueldo, como profesional. Y además, también tenías la posibilidad de trabajar como planificador, y así también juntabas un buen sueldo. Y, además, empezaban a aparecer los organismos internacionales, los proyectos regionales. La regionalización que tiene hoy el país, el NOA (Noroeste Argentino) y todo eso, se inventó en esa época, se crea el CFI (Consejo Federal de Inversiones), apareció el CONADE (Consejo Nacional de Desarrollo), y los dos fueron dos grandes instrumentos de planificación que tienen ramificaciones por todos lados, y cada gobierno provincial tenía alguna cosa parecida a eso.

— *¿Algunas otras personas de ese grupo de Sociología de la Facultad tuvieron empleos similares a los tuyos?*

A.P.: Alejandro trabajaba en el CFI...

—*Eran como vidas paralelas, ¿no? Porque la actividad profesional se hacía en el Estado y la vida académica y la politización en la Universidad...*

A.P.: Relativamente, relativamente. En los temas vinculados a la planificación había varias posturas. Una de ellas, que se alimentaba de zonas grises, era el estructuralismo cepaliano. El estructuralismo cepaliano era una concepción de mayor independencia y de enfrentamiento con el gran capital y con el imperialismo ..., entonces era un espacio importante de controversia; nosotros, cuando trabajábamos en los ambientes de planificación éramos más de tipo cepaliano. Ahí hay una anécdota fantástica: en esa época aparece un proyecto de desarrollo de Naciones Unidas en la región del Comahue, entonces se arma un equipo grande y por una serie de contactos nos invitan a “Maco” Tamarit y a mí a hacer un trabajo de sociólogos. Recorremos y analizamos especialmente la zona rural y llegamos a la conclusión de que la única solución posible consistía en iniciar un proceso escalonado de reforma agraria. Preparamos nuestro informe y en el momento de integración de las propuestas llevamos la nuestra que fue escuchada atentamente y aprobada. Pero, cuando termina la discusión, el director del programa nos dice: “la propuesta es muy buena, pero hay un inconveniente...”

niente, toda esa tierra es del gobernador” (risas). Era todo ese juego, siempre había espacio para la lucha, la controversia; lo hubo también en el campo de la planificación, en el Estado. Lo que pasa es que también todo era muy inestable y muy fragmentario. Vos podías estar un año, dos meses, tres meses, después te echaban, después volvías porque cambiaba un director...

—Vos hablabas de Naciones Unidas y de la aparición de los organismos multinacionales, ¿ustedes discutían ese tema?, ¿había posiciones duras como las que se dieron en la UBA por esos años?

A.P.: Mirá, los de la UBA tienen una capacidad de generar formas de radicalización por parte del movimiento estudiantil que son, a veces, francamente incomprensibles. Lo que hicieron con Miguel Murmis tiene esa característica; fue una cosa de aceleramiento de un grupo de estudiantes que armaron un conflicto con el Proyecto de Marginalidad que él, José Nun y Marín estaban realizando en Chile, que yo no comparto ahora ni compartí en ese momento. En La Plata, en Humanidades, nunca ocurrió nada de eso porque nunca tuvimos un mango para nada, nunca entró un subsidio. En cambio, en la cátedra de Antropología de Margulis en Ciencias Naturales, él negocia un subsidio de investigación creo que con la Fundación Ford y arma un equipo que, en principio, se manifiesta de acuerdo pero que cuando empiezan a funcionar se escinde en dos grupos fuertemente enfrentados: unos querían rescindir el acuerdo y otros pugnaban por mantenerlo. Recuerdo que uno de los que llevaban la voz cantante del primer subgrupo era Alejandro Isla. Y esa es la razón por la cual Margulis deja Ciencias Naturales y se desplaza, como dije, con un grupo de gente, a Humanidades.

—Volviendo al ambiente de Sociología en Humanidades, quería preguntarte si el doctorado que mencionaste funcionaba dentro del Departamento de Filosofía.

A.P.: Sí, era del Departamento de Filosofía.

—Si no te entendí mal, vos dijiste que cuando tuvieron claro que no había posibilidades de abrir una carrera, ustedes desplazaron las energías al doctorado...

A.P.: No, no es exactamente así. Nosotros pusimos empeño en impulsar la expansión de Sociología General, cosa que nos costó mucho trabajo porque

disponíamos de escasísimos medios y posibilidades de nuevos nombramientos docentes.

—*¿Cuál era el proyecto en el que se sustentaba la expansión de esa cátedra?*

A.P.: Ninguno, no era un proyecto. Nosotros no sabíamos lo que era una cátedra en una universidad de masas porque no habíamos vivido en una universidad de masas; nosotros veníamos de una universidad más tradicional y de golpe nos encontramos con que todo crecía, crecía... el régimen de trabajos prácticos, la cuestión de los alumnos ya era inmanejable. Entonces, había que hacer enormes esfuerzos para inventar mecanismos. Por otro lado, había que hacer enormes esfuerzos para darle contención a la cantidad de gente que se acercaba desde diversos ámbitos y quería trabajar en la cátedra.

—*Un ejemplo es mi caso (dice Cristina Tortti).*

A.P.: Vos sos un caso extremo porque además venías de otra Universidad...

—*Claro, esa cátedra era un lugar de atracción...*

A.P.: Era un lugar de atracción, no tanto por lo que hacíamos sino porque éramos los únicos. Y además, fueron apareciendo posibilidades de combinar la tarea de la cátedra con otros proyectos que contribuyeron a una cierta profesionalización de la vida académica ya que, tanto en la Universidad como en el Conicet, era posible obtener becas o subsidios, además del proceso paralelo de profesionalización en el Estado, del cual antes hablamos. Bueno, entonces nosotros en la cátedra y en la Universidad funcionábamos como un ámbito de recepción y, a la vez, de aprendizaje. Nosotros hacíamos nuestro propio aprendizaje y cuando nos quisimos acordar éramos un monstruo que tenía una enorme presencia en la Facultad. Los alumnos y colegas comenzaron a hacernos sentir que éramos verdaderamente importantes.

—*Vos decías que a Pereyra en parte lo agobió la masificación...*

A.P.: Claro, él no encontró forma de establecer una relación gratificante en esas condiciones. Además, en ese momento había en la cátedra diversos grupos: el de los marxistas no comprometidos políticamente, es decir, sin adscripción política, entre los cuales estaban José Sazbón, López Iglesias, yo y

todo un grupo de gente, ese era un tercio de la cátedra; después había un grupo de gente marxista que estaba comprometida políticamente, ya sea con el PCR (Partido Comunista Revolucionario), con la guerrilla o con lo que sea, ahí estaban Julio Godio y Alejandro Ferreiroa y otros; además, había un grupo de peronistas marxistas, y un grupo de peronistas no marxistas. Todos debatían política y teóricamente, había agrupamientos y reagrupamientos, y en general las discusiones para llegar a acuerdos para el trabajo académico eran muy agotadoras, muy terribles.

—Por ejemplo, ¿llegar a acuerdos en puntos del programa o respecto a la bibliografía...?

A.P.: En puntos del programa, en cómo dar la materia, en qué hacer con esto y aquello, cuántos ayudantes para mí, cuántos ayudantes para vos, una lucha terrible por los espacios, porque en esa época nosotros le dábamos mucha importancia al trabajo ideológico.

—Cuándo vos decís que se le daba importancia al trabajo ideológico en una cátedra, ¿a qué te referís?

A.P.: Me refiero a que nosotros pensábamos que ese enorme movimiento de radicalización social y política necesitaba fundamentos. Era un cosa parecida a la de ahora: habían aparecido un montón de cosas nuevas que no tenían explicación ni por parte nuestra, ni por parte de los propios protagonistas, entonces una tarea fundamental era construir esquemas de interpretación ideológica. Todos en esa cátedra pensaban que había un trabajo de construcción de hegemonía, que venía por la articulación entre el trabajo teórico y la propuesta de la lucha política y todo lo demás. Por eso era tan encarnizado el enfrentamiento. Encarnizado en el buen sentido de la palabra, era apasionado, porque le encontrábamos mucho sentido y pensábamos que el trabajo académico que hacíamos los que estábamos en esta franja, se integraba, formaba parte de lo que estaba pasando en la calle. Y de hecho, no menos del cincuenta por ciento hacía las dos cosas: la militancia política y el trabajo ideológico. Digamos, se entraba a trabajar a la cátedra como decisión política, porque la cátedra era un lugar de formación de gente. Además, eran millones de pibes que pasaban por ahí y se le daba importancia a ese hecho. La otra cuestión a tener en cuenta es que el movimiento estudiantil era muy importante en términos sociales y políticos, tenía una enorme presencia política. Lo que hacía el movimiento estudiantil

hacia afuera incidía sobre la relación de fuerzas, para decirlo de alguna manera. Ahora, la FUA (Federación Universitaria Argentina) puede tener presencia o no, forma parte de la pérdida de la influencia política que tienen todas las agrupaciones y los movimientos sociales tradicionales. Pero en aquella época, lograr que el movimiento estudiantil se moviera para acá o para allá, era muy importante. Y había mucha gente que estaba detrás de él.

—En ese clima de disputa política e ideológica, ¿la cátedra tenía algún punto de coincidencia o, por el contrario, se encontraba en una situación de fragmentación?

A.P.: El punto de unidad estaba en que todos queríamos la revolución. No sabíamos de qué se trataba pero todos estábamos de acuerdo en eso. Eran distintos caminos y concepciones de agudización de la lucha de clases, para decirlo en los términos en que lo discutíamos en esa época. Pero estábamos todos embarcados en lo mismo y por eso la cátedra generó un identidad. Porque yo te cuento los “quilombos” internos, pero para afuera dábamos la impresión de que éramos un barco que iba en una misma dirección. A tal punto fue así que en la época en que la JP (Juventud Peronista) toma la Universidad y se constituye un doble poder —el decano era una figura prestigiosa del peronismo, y el secretario académico era montonero—, en la Facultad va de secretaria académica una ayudante de nuestra cátedra, y lo primero que dice es “no toquen a la cátedra de Sociología”. No quisieron modificar nuestra dinámica, no nos intervinieron, ni siquiera nos hostigaron y así seguimos y nos extinguimos junto con ellos a partir de los famosos telegramas que no mandó el último decano de la época de Isabel Perón. Así finalizó aquella hermosa experiencia de trabajo en la cátedra y en el Doctorado en Ciencias Sociales de nuestra querida Facultad.

—Una vez que quedaste fuera de la Facultad, y ya en el exilio, ¿reflexionaste sobre aquella experiencia que ligaba tan estrechamente la actividad intelectual con la política revolucionaria?

A.P.: Durante el exilio mexicano se formó una colonia argentina importante compuesta en su mayor parte por intelectuales, algunos de ellos muy importantes. Como no podía ser de otro modo, a poco andar, se produjo una escisión entre tres grupos. Primero estaban los Montoneros que fogonearon toda la locura de la “contraofensiva” y estaban agrupados en una institución propia y casi exclusiva. En otra había gente que había hecho la experiencia del peronismo

pero que no se había enganchado con los nuevos planteos políticos de los Montoneros. Y estaba después toda la izquierda, en la que estábamos nosotros, que sufrió, a su vez, una gran fractura generada por la publicación de la revista *Controversia*. Hubo un primer período, en el cual todos nos reacomodamos a la nueva situación: asumimos la derrota, nos hicimos cargo de lo que pasaba, se terminó la ilusión de volver enseguida y empezó la revisión y, con ella, las diferencias. La revisión la empezó uno de los grupos de la izquierda; el grupo en el que yo estaba se mantuvo en silencio. Cuando ellos empezaron la revisión, empezaron por una crítica a la guerrilla, pasaron por una crítica a la vanguardia y después al leninismo y después a la revolución misma. Nosotros formamos un grupo de oposición, que no tenía la jerarquía intelectual que tenían ellos, ni teníamos la capacidad de producir intelectualmente como producían ellos, especialmente porque nosotros no estábamos poniendo pasión en el asunto. Ellos sí porque estaban haciendo el proceso de reconversión, que además estaba fogueado por europeos, especialmente españoles e italianos, es la gente que formó luego el Club de Cultura Socialista...

—¿Ese momento coincide, entonces, con el proceso de revisión que se estaba gestando en el marxismo, y que se daba sobre todo en Italia y Francia?

A.P.: Claro, y España, en los tres países. Primero fue el tema del eurocomunismo, después el fracaso del eurocomunismo y empezó toda esa historia de desembarazarse del marxismo. Y ahí hubo grandes abanderados de esa cosa como Schmuckler, el “Negro” Portantiero, Emilio De Ipola y “Pancho” Aricó. Y todos nosotros, sin tener la capacidad de entablar un debate, porque no teníamos en realidad ni convicción ni ganas. Porque lo que hacían ellos no nos gustaba y lo que hacíamos nosotros tampoco. Era una situación un tanto ambigua pero siempre nosotros vimos críticamente todas las políticas de revisión radical de la experiencia realizada. Y veíamos que detrás de eso había un proceso de reconversión ideológica muy profundo. Y bueno, lo debatíamos mucho, teníamos asambleas permanentemente, que eran por momentos absurdas, te pasabas tres noches discutiendo una declaración de veinte líneas, pero detrás de eso había un pase de factura, un saldo de cuenta, un arreglo de cuestiones no dirimidas. En ese sentido, fue muy intensa la experiencia desde el punto de vista ideológico. Cuando yo vine acá, y no quiero exagerar, era tan o más marxista que antes, formaba parte del grupo que consideraba que nada de lo que se había generado era mejor que todo lo que nosotros habíamos hecho mal.

Yo nunca participé, ni adherí a las estrategias guerrilleras sino lo contrario, yo siempre fui crítico. En la cátedra fui siempre crítico. Cuando volvimos, una gente en La Plata, nos acusó de haber sido nosotros los que habíamos empujado a la guerrilla a muchos jóvenes. Eso me asombró mucho porque nunca pensé que yo había hecho eso. Efectivamente yo no lo había hecho, pero había gente en la cátedra que trabajaba fuerte en eso, pero no era nuestra situación, nosotros no estábamos en eso. Ni yo, ni José, ni el mismo Oscar ni Julio. Teníamos distintas posiciones, pero nunca empujamos a la acción armada. Nosotros tolerábamos la acción armada, no la combatíamos pero nunca tuvimos participación activa en relación con los grupos armados. Entonces, como nosotros no éramos parte de esa experiencia y ya la habíamos criticado, no teníamos demasiado para criticar. Mi crítica fundamental, y es a la que le estoy dando forma nuevamente, es la incapacidad crónica que tiene la izquierda de constituir sus propuestas contrahegemónicas originales en propuestas políticas y a la vez darle traducción a esas propuestas políticas, darle traducción electoral e insertarse en un régimen democrático. Ese gran problema que tiene la izquierda hoy, es el gran problema que tuvo entonces, y entonces yo me volvía crítico de eso. Pero cuando llegamos acá, la izquierda ya no existía más, la temática de la izquierda, la revolución, el cambio había pasado y estaba toda la temática de la democracia. Y entonces armamos todo el debate sobre la democracia pero sin hacerlo desde un fuerte posicionamiento teórico sino, más bien, rumbeando con lo que podíamos. En ese contexto fue que creamos la Carrera de Sociología en la UNLP.

—*La creación de la carrera ¿era una cosa que vos venías pensando en el exilio o se te ocurrió acá?*

A.P.: La creación de la Carrera de Sociología fue un invento fantástico. Los que planearon la creación de la carrera de Sociología constituían un pequeño grupo de “adelantados” que reingresaron a la Facultad a comienzos del año 84, antes que yo volviera Yo me aparezco por aquí en diciembre del 84, cuando Panettieri era decano normalizador, Guariglia dirigía el Departamento de Filosofía y Ural Pérez, el Departamento de Historia. Entre los tres pensaron, por distintas razones, que había que crear Sociología de una buena vez. Panettieri, porque siempre nos había acompañado a nosotros en la idea de crear la carrera, y él siempre fue muy proclive a la articulación de Historia con Sociología, en ese sentido era muy parecido a Pereyra. Después estaba Guariglia, cuyo punto de partida era diferente: él decía que había una crisis en la enseñanza de la Filosofía,

que la enseñanza de la Filosofía Clásica ya no tenía un lugar importante en el mundo, porque había muerto la idea del intelectual, la idea clásica del intelectual, que la encarnaba el filósofo. Que eso había sido superado por el proceso de posmodernización y ya no había intelectuales comprometidos pero tampoco grandes intelectuales orientadores del pensamiento de la sociedad. Entonces, la Filosofía no iba a ser atractiva, no iba a haber demanda de esta carrera si no se transformaba en un lugar privilegiado de reflexión sobre cuestiones atinentes, como por ejemplo, el problema de la Ética, de la Estética o de la Epistemología. La Filosofía tenía que tener un tronco de formación básica, pero tenía que encarnarse en lo que él llamaba, retomando a los alemanes, la “Filosofía Práctica”. Él quería introducir Sociología en el Departamento de Filosofía como una especialización. Pero bueno, para poder llevarlo adelante tenía que hacer alianzas. Entonces, hizo una alianza con Ural, que también quería hacer una cosa de introducción de Ciencias Sociales en relación con la Historia, que no tenía ideas tan claras pero acompañaba, y Panettieri que empujaba. Entonces la historia concreta es así. Yo llego de México...

—¿Medio que te estaban esperando para darle forma al proyecto?

A.P.: Porque yo le mando una carta a Panettieri, muy emocionado, cuando me entero de que estaban todos volviendo a la Facultad, una carta de salutación. Y al final de esa carta, que fue un párrafo, le digo “te saludo y brindo desde aquí por un próximo encuentro”. Ellos tradujeron eso como que yo tenía expectativas de insertarme en la Facultad. Bueno...yo no tenía ni idea, porque después de estar tantos años fuera, al país vos no lo podés discriminar, el país es un gran globo al que vos entrás y no sabés bien qué pasa. Bueno, llego acá un sábado, el domingo lo llamo por teléfono a Panettieri para saludarlo, el lunes tenía el nombramiento como profesor de tiempo completo. Cuando hablo por teléfono, él me dice “vení a verme el lunes al despacho”. Bueno, voy y me dice “que hacés ahora vos”, “bueno la verdad que vengo a ver cómo consigo “laburo”, le contesto, “bueno, ¿te querés quedar acá?”, “bueno, sí”. En esa época vivía mi madre en La Plata, estaba enferma, entonces me tenía que quedar... y bueno así comenzamos. Al comienzo me asignaron, como no podía ser de otra manera, la cátedra de Sociología General, de eso no se escapaba nadie. Entonces yo tenía un tiempo completo para Sociología General y para armar la Carrera de Sociología. La Carrera de Sociología entonces se constituyó con un triple comando. Había tres directores o coordinadores, no recuerdo el término técnico, de la carrera.

Eran Guariglia, Ural Pérez y yo. Yo hacía el trabajo y ellos me pasaban parte de los presupuestos, me pasaban materias, cátedras, gente, porque yo no disponía de un solo cargo, y al final el punto de la ruptura fue ése.

—*¿Implicaba la constitución de un Departamento de Sociología o sólo la carrera?*

A.P.: No, había algo que se llamaba “coordinación”. Yo era el que “coordinaba” y traía a los profesores, porque la idea era la siguiente: hacer un núcleo de materias específicas, al cual arribaban como culminación de sus carreras, distintas disciplinas de la Facultad, que eran Historia, Psicología, Ciencias de la Educación, Filosofía y Geografía. Entonces la idea era ésa, los alumnos podían elegir terminar su carrera haciendo Sociología. Y se dividía en profesorado y licenciatura. Vos eras profesor en Historia y podías hacer la Licenciatura en Sociología.

—*Ese esquema de carrera, ¿fue algo que a vos te parecía una estructura adecuada o producto de compromisos y posibilidades reales de armar una carrera en ese momento?*

A.P.: No, de ninguna manera, yo nunca pensé que eso era lo ideal. Era el esquema que tenían armado cuando yo llegué y que, más allá de toda discusión académica, se justificaba porque no había un mango para armar una carrera independiente. Entonces, vos te fijás que el 90% de los profesores, en ese período, eran profesores que ya estaban en la Facultad y que los reciclábamos de alguna manera. Y fuimos introduciendo algunas materias específicas como fueron las Teorías Sociológicas y las Metodologías.

—*¿Cuál era el Plan de Estudios de esa carrera?*

A.P.: Ese plan era un conjunto de materias que tenían tres grandes ramas: Teoría Sociológica, Historia Social y Metodología. Este conjunto constituía un plan, que era el Plan de Licenciatura en Sociología, al cual nadie podía acceder directamente sino después de haber hecho su propia carrera. Éste era el juego que ellos ya tenían establecido.

—*Incluso se abrió a tres carreras externas a la Facultad, ¿eso también fue una elección o fue producto de un compromiso con otras Facultades o con el Consejo Superior de la Universidad?*

A.P.: No, no, fueron propuestas. Hubo gente que lo propuso y nos pareció que era razonable aceptar, si se cumplían ciertos requisitos.

—*Las que quedaron finalmente incluidas fueron Antropología, Ciencias Económicas y Derecho...*

A.P.: Sí, la única gran restricción era que la carrera no podía ser independiente, mucho menos podía constituirse un Departamento de Sociología.

—*Pero, ¿en tu cabeza tampoco estaba la constitución de una carrera independiente?*

A.P.: No, en mi cabeza estaba. Pero dadas las condiciones de la creación, se encaró ese proyecto para no entrar en un callejón sin salida, debido a la cuestión presupuestaria. Había Sociología sólo si no se habría un departamento independiente y se constituía como especialización o como conclusión de carreras previamente hechas. Ésas eran las condiciones que ya habían discutido y aprobado los “adelantados”, que eran lo que detentaban el poder.

—*¿Eso era así por razones presupuestarias o porque también había resistencias a la instalación de una nueva disciplina?*

A.P.: No, yo creo que en el fondo mis amigos querían que esto creciera pero sin que ello supusiera perder totalmente su control. Ésa era la idea que tenía Guariglia, que fuera una especialización de la Carrera de Filosofía. Que enriqueciera a la Carrera de Filosofía pero que no se transformara en una alternativa totalmente independiente.

—*Por lo que contás las condiciones en la Facultad fueron favorables para la aprobación de ese plan de 1985, pero, ¿existieron resistencias u oposiciones?*

A.P.: No, no, no, oposiciones que yo conozca, abiertas, explícitas, no. En primer lugar, porque en esa época Panettieri tenía una enorme influencia para hacer aprobar todas sus ideas y como, en general, todo el mundo se estaba reacomodando, y él siempre estaba atento a la búsqueda del equilibrio, a que cada cual ocupe su propio espacio y que no invada el espacio del otro... un esquema pluralista y multifacético, en el cual nadie pudiera crecer demasiado.

Entonces ése era el tema con Sociología, que no creciera demasiado para que no modificara las fronteras ya existentes. Como la carrera no creció desmedidamente, no generó conflictos. Pero creo que generó otro tipo de conflicto: al haberle retaceado tanto, tanto, los recursos propios, al final la Carrera se quedó sin gente que la gestionara.

—En términos del proyecto de consolidar la carrera, ¿habías encontrado un límite?

A.P.: Encontré un límite que tenía tres características: no me daban mayor espacio institucional y la carrera lo necesitaba, no me daban los recursos para una cosa que empezaba a complejizarse, porque me ponían una secretaria de tiempo simple, y también tenía una enorme dificultad para pagar a los profesores que venían de Buenos Aires y que me costaba muchísimo traerlos en esa época.

—A propósito, ¿cómo se armó el primer grupo de profesores?

A.P.: El primer grupo de profesores se reclutó, con mucho trabajo, entre sociólogos radicados en Buenos Aires. Para hacer los ofrecimientos aprovechamos que en ese período muchos amigos y colegas recién estaban llegando del exterior y no se habían reacomodado todavía. Fue muy difícil retenerlos porque los sueldos eran muy bajos y los pagos muy irregulares.

—¿Pero incluso no hubo problemas con el Plan de Sociología que el Consejo Superior había aprobado?

A.P.: El Plan de la Carrera fue aprobado por el Consejo Superior, pero en ese momento el Ministerio de Educación puso en funcionamiento una especie de comisión de control curricular que no lo aceptaba porque, a su criterio, presentaba muy pocas materias sociológicas e incluía algunas que no correspondían a esa disciplina.

—Si ese plan creaba la Licenciatura en Sociología como opción para Historia o Filosofía, ¿qué título se preveía que la gente obtenía haciendo esta carrera?

A.P.: El título era Licenciado en Sociología. Y lo que objetaban era que ese título no se correspondía con la cantidad de materias de Sociología.

Claro, porque si Sociología aparecía como posible culminación para Filosofía e Historia, ¿cual era el título?

A.P.: Licenciado en Sociología, Profesor en Historia y Licenciado en Sociología. Eso es lo que no aprobó el Ministerio. Pero nosotros en esa época decíamos “no importa que el Ministerio lo apruebe o no, porque la Universidad es autónoma para el manejo de sus unidades académicas”. Después aparecieron todos esos aparatos como la CONEAU, pero en esa época las objetoras eran sólo dos pedagogas que estaban confinadas en una oficinita insignificante y nadie las conocía ni les asignaba competencia alguna.

—¿Pero el tema tenía que ver con la distinción entre título académico e incumbencias profesionales?

A.P.: Pero, ¿el título profesional para qué? En Sociología las incumbencias son irrelevantes porque no habilitan para el ejercicio exclusivo de ninguna tarea en especial. A pesar de todo lo que se ha dicho y hecho últimamente, sigue siendo un título de referencia académica.

—Pero hay leyes del ejercicio profesional... Y a partir del 83, se abre un intenso proceso de profesionalización del quehacer del sociólogo, y el sociólogo empieza a tener una fuerte presencia, por ejemplo en el Estado...

A.P.: ...Sí, el sociólogo adquiere un reconocimiento profesional que antes no tenía, vos lo ves ahora, te llaman de todos lados para que vos opines sobre mil cosas. Un sociólogo es alguien, en esa época no...

—...Y para la realización de algunas tareas...

A.P.: Sí, sí, hay tareas que son preferenciales, hay un objeto de estudio del sociólogo, que es reconocido por la sociedad. Y eso toma distintas formas. Sí, sí, después el proceso de burocratización de la actividad profesional fue muy grande por la enorme cantidad de gente que ingresó al Conicet, que se integró como investigador en la UBA y en las Universidades en general. También en el Estado, en organismos internacionales y, especialmente, en empresas consultoras y analistas de opinión y de mercado.

—*En ese sentido, ¿la carrera que se aprobó en La Plata delimitaba un perfil profesional?*

A.P.: No, eso es cierto, eso fue siempre un proyecto de carácter más bien académico. Nunca nos preocupamos demasiado por qué iba a saber, para hacer qué. Eso es cierto, eso fue una debilidad del trabajo nuestro, posiblemente.

—*Pero en ese momento, ¿vos lo veías como una debilidad?*

A.P.: No lo veía como una debilidad, veía como una asignatura innecesaria el ponerme a pensar algo sobre la pertinencia del título, las incumbencias de la tarea del sociólogo, que no tenían importancia para mí.

—*Y desde el punto de vista académico, ¿cuáles eran los ejes en la formación del egresado que se querían promover?*

A.P.: Bueno, estaba dado por tres o cuatro corrientes. El modelo de alguna manera era el mismo modelo de Buenos Aires. Porque eso que ocurría entre nosotros formaba parte de un proyecto general de reconstrucción de la actividad académica en la cual se incluía la refundación de la Carrera de Sociología en Buenos Aires. Fue el modelo tradicional. Un eje de formación en teoría, un eje de formación metodológica, un eje de formación histórica y un eje en Sociología Aplicada. Era más o menos la misma idea que organiza la currícula ahora tanto en La Plata como en Buenos Aires y el resto de las universidades del interior. Como me decía alguien el otro día “las cosas que están bien no hay que modificarlas mucho”. Yo creo que las Carreras de Sociología o sufren un cambio radical o dentro de esta concepción tradicional no hay que agregarles demasiadas cosas.

—*¿Y cómo pensaban la formación en el área de Teoría Sociológica?*

A.P.: Era más dejarse llevar por la propia lógica de la historia de la teoría. Ya no era una teoría leída desde el presente sino una teoría leída a partir de su propia historia. Allí, estaban los positivistas, después Marx, después Weber, y Parsons. Hay un encadenamiento del razonamiento, de la reflexión sociológica, destacando el componente histórico. Eso, tal vez, es algo que habría que empezar a repensar.

—En cuanto a los profesores que convocaste, ¿se logró constituir un grupo que compartiera un proyecto de carrera?

A.P.: No, en primer lugar porque no te daban ningún cargo estable. Vos no tenías posibilidad de llamar a concurso a nada. En segundo lugar, porque aún los cargos interinos eran anuales y después tenías que volver a pelear para que el mismo docente tuviera el mismo cargo el año siguiente, si es que lo iba a tener. Entonces, lo que hacíamos era una rotación para hacer rendir los tres o cuatro cargos que existían en ese momento. Y a eso se agregaba que, a la lógica del razonamiento sociológico, había que tratar de acoplar los aportes que se hacían desde las cátedras de otros departamentos de la Facultad, por ejemplo, el famoso asunto de las “historias sociales”, que estaban pensadas desde una perspectiva propia de la Carrera de Historia y no se acoplaban mucho a lo que nosotros necesitábamos. No fue para nada un tiempo glorioso, fue un trabajo muy fatigoso, de rendimientos escasos, pero que tuvo la virtud de plantar la idea de la carrera. Más allá de lo que se produjo intelectualmente, yo creo que el valor de esa etapa es de carácter institucional. Y después eso se combina con un cambio más importante para la carrera, cuando yo me retiré y llegaron primero Pereyra y luego Nora Rabotnicoff. Creo que los cambios más sustanciales se generaron cuando vos (a Cristina Tortti) te hiciste cargo de la coordinación.

—Vos, ¿en qué año te vas?

A.P.: En el 88.

—Más allá de las dificultades, la primera etapa tuvo un rasgo interesante por el mismo hecho de que era una carrera pensada para gente que había completado su formación en otra disciplina y sus alumnos estaban en condiciones de cursar posgrados.

A.P.: Esa experiencia, analizada más que como coordinador como profesor de varias materias, para mí fue fantástica. Cuando el elenco es reducido y muchos provienen de disciplinas que exigen un gran trabajo intelectual como Filosofía, el rendimiento general es mucho más elevado. En ocasiones se nota que le faltan algunos conocimientos más propios de nuestra disciplina, pero tienen una madurez intelectual y una gran capacidad para razonar, deducir, elaborar inferencias y sobre todo de elaborar buenos interrogantes. Te digo, el proyecto era diferente pero no insensato. No era mi proyecto, porque me tomó por sorpresa, pero yo no sé si en algún momento no habría que pensar en algo

de la hibridación. Porque esta excesiva compartimentación de una disciplina en el campo de las Ciencias Sociales yo creo que ya es nociva, ¿no? Ese tema se empezó a discutir en Buenos Aires cuando apareció una idea loca de reagrupamiento de disciplinas por Facultades. En un momento, en la época de Shuberoff, se iban a hacer nuevos reagrupamientos; nosotros, que en Sociología estábamos ahogados por todo el panorama de la Facultad de Ciencias Sociales, habíamos diseñado una Facultad que agrupara Economía, Sociología, Historia y Antropología. Entonces, ahí se empezó a hablar de los entrelazamientos, para tratar de que un tipo pudiera armar un título que le permitiera participar de las distintas disciplinas.

—*Volviendo a tu periodo de coordinador, ¿tenías algún tipo de vínculo más directo con la UBA, porque vos en ese momento eras profesor allá?*

A.P.: Vínculo institucional, no, ninguno.

—*También hubo un problema, no sé que magnitud tuvo, un problema de oposición o de resistencia por parte de agrupaciones profesionales de sociólogos, ¿cuál era el reclamo?*

A.P.: No era reclamo, querían el control de la carrera. El tema fue siempre alrededor del control, había un sociólogo que se llamaba Toledo, ¿puede ser?

—*Sí, presidía el Colegio de Sociólogos de la Provincia de Buenos Aires.*

A.P.: Desde el Colegio de Sociólogos, con una lógica fuertemente corporativa, se oponían a la estructura de la carrera. Pero, además, también objetaban que no podía ser que la Carrera de Sociología estuviera funcionando sin ninguno de los miembros destacados de la asociación de ellos, y que estaban sistemáticamente discriminados, etc. Eso fue el resumen de la disputa.

—*¿Eso se tradujo en obstáculos institucionales?*

A.P.: Sí, creo que hubo hasta presentaciones formales. Recuerdo que hicieron planteos al decano que me llamó para ver cómo se resolvía la cuestión. Yo, bueno, tenía la posición reformista clásica: ninguna institución por fuera de la Universidad nos va a condicionar. Si quieren conversar, si quieren intercambiar ideas, bien, pero que les tengamos que tener una consideración especial porque son de un organismo profesional, de ninguna manera. Bueno, después eso se diluyó porque la profesionalización se murió, se quedó ahí dando vueltas.

—*Sí, la profesionalización se quedó dando vueltas y, a la vez, cuando vos te fuiste la carrera languideció...*

A.P.: Por una buena cantidad de años, ¿no?

—*Sí, dos o tres años.*

A.P.: Porque en realidad revivió con vos la carrera... (refiriéndose a Cristina Tortti).

—*Bueno, reabrimos en el 93, por eso te decía al principio lo de los diez años; me di cuenta el otro día que se cumplen diez años; los primeros dos o tres años fueron para emprolijar un poco las cosas, después de dos o tres años de cerrada la inscripción. La carrera no había sido cerrada, pero sí la inscripción. Sobre esto hay un punto que no tengo muy claro, pero creo que la decisión de reabrir volvió a partir de Panettieri y que volvió a conversar con vos, ¿fue así?*

A.P.: Bueno, en una ocasión me entrevisté con el decano y le planteé que la carrera se hallaba debilitada y languideciendo, que había que darle una inyección de recursos y renovar el elenco. Él me respondió que no hallaba ninguna persona idónea para hacerse cargo de esa tarea. Yo le respondí que la persona mas idónea eras vos y que además de tu capacidad profesional presentabas una ventaja adicional, residías en La Plata y estabas comprometida con la recuperación del área en la Facultad.

—*¿Hubo otras personas que también influyeron en tomar la decisión de reabrir? La pregunta se debe a que recuerdo que una persona que se movió mucho para eso fue Mora Pena, la vice decana...*

A.P.: Seguramente Panettieri aceptó lo que le propuse porque habría influencias, conversaciones y compromisos que él tenía con otra gente de la Facultad, de las cuales yo no participé, pero que facilitaron el diálogo conmigo, y entonces pudieron encontrar otra solución, y a Mora Pena Panettieri la escuchaba mucho. Y después, cuando a Panettieri lo sucede De Diego, la cosa cambia porque él toma de otra manera el tema y decide rehabilitar la carrera y lo toma como parte de su programa.

—Bueno, para cerrar teníamos un par de preguntas finales más referidas a la actualidad. La primera: *¿Cómo ves, hoy, el desarrollo de la Carrera de Sociología?*, y la segunda: *¿Cuáles son los desafíos que debe enfrentar una Carrera de Sociología en la actualidad?*

A.P.: Si se hiciera un estudio de la historia de la Sociología desde la posguerra en adelante, podríamos ver que la Sociología en nuestro país y en nuestro continente es un “pensamiento débil” que no ha generado producciones de envergadura, pero tiene, en compensación, una gran virtud: va acompañando siempre a los procesos sociales, el trabajo intelectual-académico nunca se desfasa respecto de las grandes cuestiones nacionales de cada época. En un momento es la teoría del desarrollo y la Sociología la acompaña con la teoría de la modernización; después viene la teoría de la dependencia, aparece después la teoría del desarrollo regional, que es también de cuño sociológico; el tema del desarrollo urbano en la época de la formación de las metrópolis urbanas; después que se producen las dictaduras en Latinoamérica, aparece el tema del autoritarismo. Ahora bien, si uno recorre toda esa historia ve que la inclusión de temas se articula con la redefinición de los enfoques teóricos. Digamos, los temas van determinando un tipo de enfoque particular. Entonces los enfoques teóricos que dominan son producto de una combinación entre lo que constituye el núcleo de la cuestión nacional de una época y el estado de la lucha social misma. Bueno, yo creo que hemos vivido un período excesivamente largo en el cual el tema de la democracia y de la posmodernidad quedó instalado en las Carreras de Sociología con una impronta muy fuerte, y muy excluyente, de carácter neoinstitucionalista. No solamente se hace la crítica a toda teoría materialista de la sociedad y a toda concepción histórica, del devenir, como falsa actividad intelectual, sino que lo que predomina es el razonamiento que tiene que ver con los procesos de constitución del Estado, del régimen político, del régimen republicano, de la ciudadanía, todo ese enorme paquete que tiene que ver con la constitución de sociedades democráticas y modernas o posmodernas, al estilo de los grandes países centrales. Ahí aparecen con un poco de ruido los aportes de alguna gente aislada, alrededor del tema de que esta democracia no genera ciudadanía sino todo lo contrario, y que esta disrupción entre esta no generación de ciudadanía va a terminar con la propia idea de democracia porque no hay reflexión sobre los núcleos de constitución básica de la vida social, y la relación que esto tiene con los grupos sociales, con las clases. El tema que ya no se

discute teóricamente es el de las clases, porque nadie siente la necesidad de asumir una reflexión sobre la serie de cuestiones que trató de resolver, en su momento, la teoría de las clases, ésta es la cuestión. Hay una cantidad de temas que no están porque el problema social ha sido excluido de la preocupación intelectual. Los problemas de la exclusión social, de la pobreza, resultan incomprensibles si previamente no se tiene una idea de cómo estos grandes indicadores se articulan con otros atributos sociales. ¿Quiénes son los pobres? Los pobres son lo sustantivo, o los pobres son condiciones de ingreso de parte de la clase obrera, parte de los campesinos, etc., y esta discusión dispara, a su vez, una pregunta: ¿Qué relación hay entre esto y la dinámica propia de la economía? La Sociología hoy tal como está funcionando, se halla totalmente desactualizada. Estamos en una etapa en donde se terminó el predominio temático y de enfoque que generaba la Ciencia Política americana en relación con el tema de la democracia, y todavía no hemos introducido ni enfoques ni temáticas alternativas, este es el punto. Entonces, las Carreras de Sociología como expresión del pensamiento sociológico en la Argentina, hoy están absolutamente desactualizadas. Y es el único punto en que los estudiantes, en Buenos Aires tienen razón, en esto tienen absolutamente razón. Hay que hacer un cambio radical. Las cátedras, en sí mismas son como un receptorio que permite muchas cosas diferentes. No se trata de proponer la eliminación de Sociología Sistemática para reemplazarla por Sociología de la Desocupación, no se trata de eso sino que dentro de esa problemática general hay que introducir las cuestiones excluidas, introducir las formas de pensar esas cuestiones de manera pertinente, y buscar su mejor conocimiento mediante una confrontación de perspectivas analíticas que también se halla ausente. No hay ninguna perspectiva nueva que marche en ese sentido. Seguimos pensando a partir de las premisas teóricas utilizadas por O'Donnell o por Juan Carlos Portantiero. Eso tiene relación directa con el tipo de deficiencias intelectuales de los que volvimos a analizar la sociedad argentina después del desastre de la dictadura, y que no hemos logrado reconstruir una lectura acorde con nuestras intenciones y con las necesidades sociales. Como no habíamos desarrollado una idea sobre cuáles eran nuestras necesidades, leímos a la teoría como teoría misma. No la estamos releyendo, la estamos leyendo.

—*Cuándo vos decís falta de actualización, ¿te referís a la falta de un trabajo o un pensamiento creativo para enfocar los problemas actuales?*

A.P.: Lo que a mí me parece es que el día que se instalen determinados tipos de temáticas, necesariamente van a aparecer desarrollos teóricos articulados con esas temáticas. Los desarrollos teóricos están ocultos, están opacados, están minimizados porque no están siendo exigidos para resolver determinados tipos de cuestiones.

—*¿Decís que hay problemas centrales sobre los que no estamos pensando ni trabajando, o que los encaramos superficialmente?*

A.P.: O que estamos atrasados en el sentido de que nos estamos ocupando predominantemente de temas que tienen que ver con una etapa ya terminada, que es la de la transición democrática. Los chicos, para entender qué relación hay entre la decadencia social y la implantación del modelo neoliberal tienen enormes dificultades, porque no saben qué es un saldo negativo de la cuenta corriente. Hay cosas de conocimientos mínimos de la vida económica, por poner un ejemplo, que están totalmente excluidos....

—*Y hay temas que fueron abandonados...*

A.P.: Fueron abandonados porque no eran necesarios para el tipo de enfoque predominante.

—*Si uno mira la Sociología en el país desde el 84 en adelante, ve que ha predominado una combinación de interpretación o ensayo político, alrededor de lo que vos decís —autoritarismo, democracia, instituciones—, y por el otro, un cierto tipo de investigación empírica que no va mucho más allá de recoger indicadores económicos. Por ejemplo, los estudios de estructura social, de procesos de cambio social no retomaron nunca ritmo, ¿no te parece?*

A.P.: Sí, hay muchas cosas, está el tema de los condicionamientos sociales de los procesos institucionales y políticos, que fueron la preocupación central. Pero el tema de los “transicionalistas” no es solamente que le dieron exclusividad al tema de la democracia sino que la abordaron de una determinada manera. Ésta es la cuestión. La desengañaron de la sociedad y cuando la engañaron, lo hicieron con la teoría de la ciudadanía, que es un pensamiento muy precario, muy limitado, que no da instrumentos para avanzar. Hasta ahí

llegaron, pero de economía nada. Entonces hay, primero una cuestión de cómo replantear estudios o enfoques anteriores, y después cuáles son las nuevas cuestiones que la involución social de los últimos veinte años nos plantea a los científicos sociales: ¿Cómo pensar la “involución”? ya no, ¿cómo pensar la “evolución”? Parece que hay que introducir nuevas cuestiones que no están presentes. Y en tercer lugar, cuáles son –de todo lo que está dando vueltas ahí– los enfoques teóricos que nos pueden ser útiles y cuáles son los enfoques teóricos que realmente ocultan la cuestión. Éste es otro tema muy importante, si hay enfoques teóricos como la teoría de la democratización que tal como presenta la cuestión, ocuyen todo lo que nos preocupa ahora. En un debate reciente, el problema surgió claramente y al final de la discusión advertimos que estábamos hablando de la misma cosa como si fuera lo opuesto, estábamos razonado y sacando conclusiones del mismo fenómeno de forma radicalmente opuesta porque estábamos partiendo de enfoques teóricos que iluminaban cuestiones exactamente contrapuestas de la misma cuestión. Ésta es una tarea imprescindible hoy, hay que abrir el debate con todo lo que predominó hasta ahora. Por ejemplo, esa cuestión de que la crisis de la política es una crisis “de sentido”, me parece que no es solamente un error sino un trabajo ideológico de enorme magnitud. Si yo me quedo con la idea de que la crisis de la política es una “crisis de sentido”, oscurezco el enorme sentido que se le dio a la política para construir y sostener el modelo que produjo la decadencia. Ahí vos tenés un enfoque que no sólo no te permite pensar algo sino que lo oculta fuertemente. Bueno... ésta es la tarea que todavía no está en Sociología en Buenos Aires, no la veo funcionar porque a muy poca gente se le ha revolucionado el “mate”, siguen pensando más o menos con la misma inercia. Y la otra cosa es volver a incorporar una cuestión significativa al análisis social, esta cuestión de la “sociología crítica”, no se puede seguir con la banalidad del análisis superficial que vos decías. El problema de la pobreza en sí mismo es una banalidad, para un sociólogo es una banalidad, es el registro de lo más epifenoménico de los fenómenos sociales... no es el tema de las clases, porque uno puede decir que la clase existe o no existe, pero lo que no se puede es dejar de discutir. El estado decadente de la sociedad, la cultura y la política no ha puesto todavía en crisis al pensamiento sociológico tradicional. Hay un desfasaje terrible, que se muestra de muchas formas: por la definición de temas, por los enfoques, y ésa es para mí la tarea de la Sociología.

—*A lo mejor ése ha sido el costado negativo de la mayor profesionalización de la vida académica y de una exagerada distancia de la universidad y del intelectual respecto de la vida política; este es un problema difícil de resolver y ha habido múltiples opciones individuales...*

A.P.: Tenés razón en cuanto a las causas ... pero hay otro tema: yo creo que hay que hacer tres discusiones. Esto que vos decís es cierto, pero hay que agregar el tema de los mecanismos para ir produciendo el descongelamiento. Yo creo que hay que generar espacio de crítica y reflexión, que haya confrontación, disputas, propuestas. Lo único que puede dinamizar esto es el debate.

—*Hiciste más de una alusión a la idea de crítica y al retorno de una "sociología crítica" y me parece que detrás de esta palabra "crítica", que tiene muchos usos, a veces se esconde más una actitud de denuncia que de reflexión...*

A.P.: Tenés razón, estamos totalmente de acuerdo.

—*Por eso yo aludí a eso de las múltiples decisiones individuales porque, a veces se habla de déficit de "pensamiento crítico" en las Ciencias Sociales como si hubiera una persona, un grupo o un sector que estuviera impidiendo que el resto pensara, en lugar de hacerse cargo de que el problema nos compete a todos ... y que no se debe a que alguien nos lo esté prohibiendo o nos esté persiguiendo...*

A.P.: Como diría Bourdieu, es la conformación del campo actual, no es porque alguien lo impone sino porque su propio sistema de relaciones conforma un campo concreto...

—*Entonces, ¿qué proponés hacer para romper con esa impasse?*

A.P.: Yo, lo primero que diría es que la revista habría que ponerla al servicio de esto, porque es un mecanismo fuerte de intento de modificación. Yo no estoy de acuerdo con modificar la currícula, sino con la modificación de los estilos intelectuales, de las maneras de pensar... Lo otro sería fugar hacia delante, porque en realidad lo de la "crítica" no es criticar, sino partir de un presupuesto epistemológico en el cual nada de lo que estamos discutiendo tiene su explicación en sí mismo, sino que hay que hacer un trabajo de investigación propiamente dicho, de indagación para ser más amplio. Ese juego intelectual —que es

un enfoque teórico, un criterio epistemológico, una práctica de investigación—, en general ha sido abandonado, porque todo el mundo discute solamente alrededor de lo que ve; trata de entender lo que ve y de articular distintas cosas que ve, pero nadie se está *planteando la trascendencia de lo otro*.

—El otro riesgo, me parece a mí, es que en un clima en el que no florece esa actitud crítica y de apertura intelectual, en vez de retomar el espíritu de la investigación se retomen “verdades” ya conocidas, y eso reemplace, oculte, el deseo de saber qué pasa, cómo son los encadenamientos, etc...

A.P.: El refugio de recortar la realidad con determinadas categorías que dan seguridad. Por eso me gustó mucho en el reportaje que vos (a Mauricio Chama) le hiciste a Paramio cuando dice “no vale la pena hacer una discusión sobre la reconstitución del marxismo”, porque eso es muy peligroso, porque hacer una discusión sobre el valor del marxismo es peligroso, porque eso te lleva a eso que recién señalábamos, a esclerotizar tu pensamiento alrededor de unas categorías. Yo no quiero discutir si el marxismo está vigente, lo que quiero discutir es qué categorías se necesitan para entender de otro modo la realidad y, a su vez, criticar los modos que actualmente predominan.

—Tal vez la apatía y la falta de curiosidad intelectual que se instala en algunos medios académicos genera en otros una especie de desesperación que lleva a aferrarse a tres o cuatro verdades, convertirlas en consignas, e imaginar que el resto complota contra esas verdades, y entonces se entra en un juego bastante estéril, ¿no?

A.P.: Claro, nosotros estamos hablando del trabajo intelectual y estamos en un lugar privilegiado para que eso no ocurra o, por lo menos, para intentar impedir ese juego estéril, que en realidad es propio de un trabajo político rudimentario; pero nosotros podríamos establecer un ámbito, digamos, jornadas de discusión crítica sobre tal cuestión, por ejemplo la exclusión, ¿qué es la exclusión?, ¿qué raíz social tiene?, ¿qué raíz económica? Entonces la exclusión es el punto de entrada a fenómenos sociales que le dan sentido, que la explican, y así con todo. Esta historia de “la muerte lenta de la democracia”, bueno, tomemos este tema y veamos cómo se puede pensar críticamente la democracia. Mil cosas se pueden hacer. Y creo que hay un núcleo básico de gente que estaría dispuesta. Del lado de los que quieren revisar y del lado de los que quieren debatir.

todavía utilizando criterios anteriores. Pero me pareció que en el caso de la discusión con Sidicaro, que fue una confrontación muy fuerte, los dos salimos más amigos y más contentos que nunca. Porque a su vez, nadie está muy seguro de lo que está diciendo. Susan Sontag en un reportaje de *Página/12* decía que se está dedicando a la literatura y señalaba: “cambié el ensayo por la literatura, porque en el ensayo tenía que ser coherente con lo que iba diciendo. En cambio en la literatura puedo poner las distintas opiniones que yo tengo sobre la misma cosa, pero en diferentes personajes”, es una maravilla (risas).